

## ESOS OJOS OSCUROS

Sus ojos oscuros ocultaban demasiados paisajes. Eran transparentes, decisores de vidas, inquisidores sin palabras, perturbadores de sensaciones.

Los amé desde el primer día, eran únicos y con anteojos se veían más brillantes y seductores.

Mi corazón enviste sinsentidos... lo sé. Pero esto fue algo inédito en mi vida.

Fue un verano en las playas de Uruguay. Viajé sola porque era mi decisión.

Luis era el dueño de la hostería que busqué por internet; la elegí por su nombre pues decía mucho: "Los días se estancan como las viejas costumbres".

Y yo estaba en eso de querer detenerme, de irme a las viejas costumbres de mi primera juventud, de no querer revisar mucho o casi nada de lo anterior.

Al llegar con mis pocas pertenencias Luis comentó presuroso:

- Vaya que achicó su reserva, la tengo agendada por diez días.
- Esos días me quedaré. -respondí algo molesta.

Pero me quedé ya no con su mensaje sino con su voz que sonó como un tenue batir de alas rotas. Persona interesante el dueño de la hostería... Me llevó a recorrer los diferentes espacios, al llegar a la sala descubrí una mesa chica en un lugar perfecto para la lectura y el disfrute del paisaje, más allá el mar en un atardecer que ya languidecía.

A este lugar lo disfrutaré, hermoso rincón. -le dije a Luis que me observaba con curiosidad.

Las mañanas fueron de desayuno y charlas; cuando ya me alistaba para disfrutar de la playa y el sol tibio, él me persuadía para llevarme en su cuatriciclo a otras cercanas y más tranquilas. Un par de empleados quedaban a cargo de la tarea en el lugar.

Y fue allí cuando descubrí eso que veía en los ojos oscuros de Luis: ternura, compañía, amorosidad, calidez... y pasión.

Sus palabras dichas de una manera tan segura y envolvente, quedaron grabadas en mí como estrellas peregrinas; fueron estallidos de amor que me seguirán iluminando.

- ¿Por qué el nombre de tu hostería?

- Porque todos los días quiero vivir algo de lo que fui, de mis viejas costumbres, de mi vida feliz. -me dijo
- ¿Cuándo eras feliz? -pregunté.
- Sos muy preguntona Amalia, todos los seres humanos tenemos momentos más felices que otros.
- ¿Hace mucho que tenés esta hostería?
- Desde que los días se estancaron. -me dijo.
- Bueno, eso se parece a un juego de palabras y no salimos de eso.

Era ya tarde, los turistas se habían retirado a descansar luego de un hermoso día de sol. Los truenos anunciaban una tormenta veloz de verano; observé que Luis se puso algo tenso, se paró y se dirigió a la ventana para bajar las persianas como quien no desea ver lo que sucede afuera.

- Me gustan las tormentas cuando estoy a resguardo, cerca del mar. La lluvia siempre hace que algo florezca en mí. No cierres, quiero verla. -le dije quedamente.
- Amalia, se viene una tormenta fuerte que podría durar varias horas. No soporto las noches así, me traen horribles recuerdos.
- Perdón... no sé cuáles son tus recuerdos pero, si me permitís, puedo acompañarte; no estás solo esta noche.
- Amalia: las viejas costumbres donde necesito anclarme y volver a sufrir hasta que el dolor se calme, tienen que ver con un accidente de mi pequeña hija y mi esposa. Venían de la ciudad en el auto, la lluvia intensa no les permitió ver la curva y el auto voló sobre los acantilados. - dijo Luis entre lágrimas.

Solo atiné a abrazarlo pero no pude decirle nada de lo que él esperaba... o tal vez no. Más no pude ni supe.

Aún hoy me lo pregunto. Subí a mi habitación a hacer mi maleta. Bajé.

- Luis, perdoname, yo también necesito volver a mis viejas costumbres. Pedime un taxi, me vuelvo a casa.

Di una última mirada, sobre la mesa quedaron no solo mis recuerdos...